

Publicado como prólogo a
La Agonía del cristianismo
Alianza Editorial, Madrid, 1992

Está la figura de don Miguel de Unamuno de tal modo entremetida en las turbulencias y estirones de mi adolescencia que no sé bien cómo discernir ahora lo que era suyo y lo que era mío en aquel trance. Estaban, por supuesto, en la biblioteca de mi padre todos sus escritos uno tras otro, los más en sus primeras ediciones, y bien leídos por él, y a veces pulcramente anotados con lápiz muy ligero, que no dañara el libro; así que, allá entre cuarto y sexto del bachillerato, pienso que ya habían pasado casi todos por mis manos, menos pulcras y cuidadosas, y por mis ojos; y más de una vez nos los pasábamos entre los amigos; que bien me acuerdo, todavía años más tarde, que unos cuantos celebramos el Oficio de Tinieblas, la noche del Jueves al Viernes Santo, en vela hasta la procesión del alba leyéndonos en voz alta el San Manuel Bueno de cabo a rabo.

Y venían también con ello envueltos recuerdos; por memoria ajena, de la persona, fallecida aquel fin de año del primero de la guerra civil, tres antes de que ella terminara para dar paso a la otra y de que entrara yo en mis trece: estaban las noticias, parcamente rememoradas por mi padre, de cuando lo había acompañado, con una pequeña banda de adictos, de los que él seguramente no echaría más cuenta que como de espectadores de su andanza, en sus excursiones por Sanabria y su lago o por las ruinas del convento de Morerueta. Venían también por la misma fuente, reticente siempre y apenas por algún brote cediendo a la expresividad, algunas de sus anécdotas madrileñas, sesiones bulliciosas de escándalo en el Ateneo, tormentosas entrevistas con el Rey bajo la dictadura, o sobre todo aquella de cuando caía de Salamanca en el café Varela voceando «Vengo buscando al hombre de espíritu más limpio y de traza más desastrada que anda por el mundo», buscando -ya comprenden- a don Antonio Machado, cuyos proverbios andaba yo por entonces grabando a cortaplumas y tinta en los bancos del instituto.

Pero de otras fuentes me llegaban poco después recuerdos de Unamuno, cuando pasé a estudiar en Salamanca en el otoño del 43. No pisaba ya él entonces por sus calles y sus aulas: estaban ya en su lugar sus restos en el nicho del cementerio sobre el recodo del Tormes, adonde tantas veces había yo de llegarme en devoto paseo, y para más inmortalidad, a media escalinata del palacio de Anaya, el busto de Victorio Macho en granito y bronce, ante el que durante años haría supersticiosa reverencia cada vez que subía por aquellas escaleras. Pero quedaban algunos de los que lo habían tratado y que contaban de sus cosas, especialmente don José María Ramos Loscertales, por entonces decano de la Facultad de Letras, fino maldiciente de personajes de la historia, de Fernando el Católi-

co a Isabel II, y que no dejaba también, fuera de las clases, de tratar con el mismo humor corrosivo a don Miguel, con quien había tratado algunos años, refiriendo de su manera imperiosa y descomedida de habérselas con sus contertulios y acompañantes de sus paseos, y de cómo en los cafés, despotricando de cualquier tema o contratema que cayera, su voz aguda se imponía sobre todas las voces desconsideradamente.

Pero también el mismo Ramos Loscertales, unos años más tarde, cuando, habiéndose él retirado a morir en su casa del paseo de los Capuchinos, acudía yo un día y otro a darle charla y a ver si me refería, si se terciaba, más recuerdos del paso de don Miguel por Salamanca, no se me olvidará cómo uno de los últimos días, acaso el último, después de maliciar de Unamuno un rato a la manera acostumbrada, en un momento se puso insólitamente serio y se paró a decirme: «Pero era un hombre bueno»; no se me olvidará.

Y el caso es que, ya del año antes de irme a Salamanca, había yo mismo escrito un soneto para don Miguel, que hasta ahora no había osado publicar (¿o llegó a salir en algún número de Trabajos y Dtas, nuestra revistilla universitaria?), pero ahora voy a osar, para testimonio, y dice: «Yo quisiera ser Dios, y en lo divino / saciar tu corazón tan fuerte y bueno, / dejar leer a tu mirar sereno / el libro sin portadas del destino. // Mejor quisiera yo ser peregrino / del mundo, si pudiera aquí en tu seno / mi frente reclinar y hacer ameno / con tu amigable charla mi camino. /// Pero era, don Miguel, cuando se abría / mi alma a este mundo, cuyo amor persigo, / tu voz silencio, y tú memoria mía. // y pues sé que jamás tu pecho amigo / latirá junto al mío un sólo día, / yo quisiera ser Dios y estar contigo.» La retórica era tal vez un poco desmadrada, aunque quizá trataba de responder un poco a la de don Miguel mismo (poniendo el TU donde él ponía el YO); y no fue la única vez que la huella de su figura me movió a los versos o las letras: recuerdo al menos una representación lírica de su muerte en la última noche del primer año de guerra, y un diálogo latino, un poco a lo Luciano, entre don Miguel y un Caronte tan charlatán como él, planteando en acto la cuestión de su inmortalidad.

Pero me importaba aquí, de todo eso, preguntarme qué es lo que quería decir la declaración postrimera de don José María Ramos, «Era un hombre bueno», y qué es lo que me había hecho a mí en aquel soneto adolescente tratarlo de bueno y amigable, tratándose de personaje, según concorde testimonio de quienes lo conocieron, tan áspero, descomunal y desatento, siempre maldiciendo estrepitosamente de casi cualesquiera otros personajes, tan infatuado, al parecer, consigo mismo que no hacía más, en conversaciones o tertulias, que hablar él sólo o más bien sermonear y despotricar de todo lo divino y humano sin apenas dejar meter a nadie baza, un personaje, en fin, que se diría notablemente intolerable para cualquiera.

No voy a responderme del todo a la pregunta; pero «bueno» quería decir probablemente algo como «no falso», «incapaz de engaño», con la implicación socrática ciertamente de que nadie hace mal sin estupidez, inconsciencia o como se llame; pero no en el sentido de que lo de dentro (¡el Yo, vive Dios!) se mani-

fieste fuera con franqueza (lo cual implica la estupidez de creer saber quién soy yo), sino más bien en el de uno que no distingue claramente y que se piensa acaso que lo de fuera es lo de dentro (las tormentas de la historia lo mismo que las agonías propias, el ser de Dios no otra cosa que el ser mío) ¿y viceversa?

Eso quiere dar cuenta de que la bondad de don Miguel pudiera consistir en un egoísmo desaforado, que se diría quizá más bien donmiguelismo, en cuanto que en esa desmesura del egoísmo (porque el egoísmo de los hombres habituales es un egoísmo pacato, que disputa herencias o ganancias dentro de un orden general de repartición, pero no pasa a la locura de ser yo todo, de yo ser Dios; y es así como son ocasionalmente malos, por mera conformidad, esto es, por la idiotez de no percibir ni por asomo la absurdidad de que haya muchos yoes, reales todos y cada cual repartiéndose con los otros la Realidad) podía en la desmesura de don Miguel sentirse el vislumbre de entendimiento y la falta de conformidad con la falsía, anonadante más por aburrida que por terrible, de los tratos habituales de los hombres.

Que también el revés dialéctico de la correlación, a saber, que asimismo lo de dentro es lo de fuera, latiera igual de claro y fuerte en el pecho de Unamuno, digo el reconocimiento de que la propia individualidad, la persona de uno, «es cosa de fuera», como acertó Machado a formular en uno de sus proverbios, que, por tanto, sintiera Unamuno con fervor equitativo que, así como yo soy Dios, en cuanto que Dios es yo, así también, puesto que Dios soy yo, yo no es otra cosa más que Dios, es posible que eso no se percibiera tan evidente en el temblor de su figura y de su charla. Pero aun así, basta con lo que en ello se percibiera de interés verdadero y desmesurado por sí mismo, donde «don Miguel» venía a hacerse representante vivo (y no democrático por cierto) de todo hombre, para explicarnos que Ramos Loscertales en su agonía o aquel muchacho que yo era sintiéramos ganas de decirle «bueno», un capricho, al fin, poco trascendente: porque la oposición de «bueno/malo», mantenida en sus dos términos, no es también más que cosa de la Moral, esto es, de la política y los negocios, una Moral que ordinariamente, por lo demás, consiste en enrevesar los dos términos, de modo que lo bueno sea malo, a fin de que lo malo pueda venderse como bueno; y «bueno» sólo debía, en todo caso, decirse de tal manera que bueno fuese aquello que dijera que «bueno» y «malo» son lo mismo.

Pero, en fin, toda esa cuestión de la bondad de don Miguel acaso fuera cosa de menos importancia, presta acaso a convertirse en una mera cuestión histórica (esto es, frívola comidilla de los que creen que las generaciones o las épocas se suceden una tras la otra, «en el tiempo», que ellos dicen), si no fuera que este caso da la coincidencia de que la cuestión de la bondad, la utilidad, de don Miguel se reproduce, se me antoja que bastante fielmente, con respecto a la de sus obras, que, por meros escritos que ellas sean, son al fin lo que aquí tenemos a la mano.

Esta Casa Editorial, por ejemplo, se apresta ahora a reeditar las obras de Unamuno, entre las cuales «La agonía del cristianismo», a la que estas páginas sirven, por tanto, de preámbulo (aunque pretendiendo valer también de preámbulo de la serie), y les toca, por tanto, preguntarse qué es lo que vale, qué hace en este mundo de bueno o malo este libro y tras él los otros de debate de Unamuno con-

sigo mismo que se republiquen: en este mundo, donde la aceleración de la aparente mudanza en los procesos culturales, igual que en los políticos y económicos (pues la Cultura es también cosa del Estado y el Comercio, y sujeta, como ellos, a la misma necesidad de cambio para la permanencia) parece sugerir que libros de hace sesenta años se han quedado ya tan lejos que apenas puede creerse que se vayan a poder leer ahora con interés, ni servir para más cosa que justamente negocios y veneraciones culturales.

¿Se habrá progresado algo en estos sesenta años? Bueno, sí, hay campos en que se han hecho descubrimientos, en medio de la general parálisis progresiva del descubrimiento que la aceleración del cambio aparente impone y disimula, y ha habido algunos avances considerables, por ejemplo, en el arte de la novela (el género literario único que, reemplazando a todos los demás, sigue teniendo verdadero uso, siquiera sea para entretener el camino de la muerte con retratos de la vida), o también en los estudios de gramática y lingüística, que poco a poco disipan algunas ilusiones arraigadas sobre las relaciones entre la lengua, las almas y los pueblos, y hasta, de paso, algún avance en el análisis (cada vez más alejado de la práctica de políticos y psiquiatras) de las estructuras anímicas y sociales; así que bien me temo que las obras de Unamuno que más pertenezcan a tales campos se sientan con razón un tanto rancias o, como dicen ellos, superadas y sólo, si se leen culturalmente, como objetos más o menos curiosos (pero nunca ya sujetos en armas) de historiadores o sepultureros de filosofía y literatura. De manera que si también libros como éste de «La agonía del cristianismo» fueran libros de ideas (religiosas, políticas, morales o lo que fuera), caerían bajo esa misma ley de superación histórica y sólo les importarían, como objeto inerte, a gentes como los estudiosos de la Historia del Pensamiento, que sólo de pensamiento muerto puede hacerse.

Pero puedo anunciar con cierta confianza que no es así. Ni una sola idea se encontrará formulada en alguna página que no aparezca derechamente contradicha o por lo menos desfigurada y confundida por otra que en alguna otra página se lea, cuando no sea en la misma. Y es justamente en este libro donde el propio Unamuno enuncia nítidamente una distinción, oposición, entre ideas, cosa fija y muerta, y pensamiento vivo. Y vivo sigue (y contradiciéndose, que es la vida misma del pensamiento) en este libro, como en otros de la misma traza; también en «El sentimiento trágico de la vida», del que pensaba el autor mismo que éste era una especie de resumen, lo cual, naturalmente, no lo es; y si puede un libro resumirse, es que era ya un libro de ideas, tanto el resumido como su resumen; cosa que ciertamente no son éstos.

Mucho hay por cierto en este libro que puede echar para atrás a los lectores de ahora, pero más o menos lo mismo que podía echar a los contemporáneos suyos, y parecido a aquello que a muchos podía echarlos para atrás del trato personal (la desmesura, la charlatanería y el donmiguélismo) del autor también: es sobre todo la retórica, a veces conceptuosa y enredándose en el juego con las palabras y sus etimologías, a veces demasiado libre y desatenta a las apetencias de ilación razonable que el lector común pueda sentir, a veces desmedidamente apasionada y exaltada (hasta con la retórica tipográfica de los ¡¡¡!!! y los ...), y las

más veces las tres cosas al mismo tiempo. Y a vueltas con tal retórica, el descaro de mezclar los datos íntimos y aparentemente personales con las cuestiones más genéricas y sublimes de la política, y de Dios y de la historia.

Y, sin embargo, para quien no se deje por esos vicios retóricos echar atrás, este libro sigue siendo apasionante como era, sustancioso y acompañante de un viaje por los campos que más vivamente llaman a cualquiera que no haya muerto todavía en la convicción de que ya sabe, por los abismos y perdederos que le estaban a cada cual abiertos desde siempre, y que raramente puede un libro acertar así a reabrirselos y revolvérselos, a replantearle su problema a cada uno, al revés de la memez habitual que se desentiende con la monserga de «Ese es tu problema».

No a resolvérselos ciertamente: éste no es un libro de ideas: es un libro, como dice su título, de agonía (porque todo el que vive está agonizando, esto es, luchando con la muerte) o, como verás, lector, según lo vas leyendo, de contradicciones, lo mismo las queridas y formuladas por el autor que las no queridas que se cuelan por las articulaciones de su discurso fervoroso.

Hay, en la formulación lingüística, contradicciones que son retórica vana, que se formulan por prurito de originalidad o por torpeza para pensar derecho. Se cuenta que don Miguel mismo, en la anécdota de la apertura de curso del 36 que conoce todo el mundo, le hubo de contestar a aquel general de mutilados, que había clamado sucesivamente «¡Viva la muerte!» y «¡Muera la inteligencia!» (haciéndole de paso, por cierto, un fino favor a la inteligencia, sea ella quien sea: pues en la conjunción de las dos frases resultaba ella ligada con la vida, no con la muerte en todo caso), diciéndole algo al tenor de «Yo, que soy especialista en contradicciones, os digo que ésa («Viva la muerte») es una contradicción vana y retórica» o podía haber dicho «tonta y muerta» (es la retórica que se necesita para hacer morir por la Patria, por la Causa o por la Idea, a los legionarios); y sea lo que sea de la anécdota, ello es que en este libro (y en los demás por el estilo) no se hallará una sola contradicción que se haya buscado por frivolidad, por afán de aturdir o asombrar a nadie (que luego a don Miguel le divertiera ver a pedantes, curas de almas o amos de casa escandalizarse con sus detonaciones no quiere decir que se le ocurrieran por eso y para eso), sino que una vez y otra surgen de la fuerza misma de las contradicciones que la cosa tiene en sí, de las reales.

Porque lo que importa no es la mera condición lingüística de las contradicciones que se formulen (como si pudiera el lenguaje separarse de lo demás), sino el hecho de que la realidad sea contradicción; y es bastante raro, cuando lo más de la religión, filosofía, ciencia y literatura está destinado a resolver en ideas fijas o a disimular con entretenimiento esa contradicción, que un escrito llegue a dejarlas pasar, a hacerlas amontonarse en fila y repetición, de tal manera que (por más que lo de «lucha» o «agonía» suene un tanto grandilocuente y melodramático) la evidencia de la contradicción incurable en el pensamiento del que escribe se transmita y encuentre su respuesta en el pensamiento de quien lo va leyendo; que así la lucha aparentemente más íntima y personal resulte ser la lucha y agonía común de los que no están muertos todavía.

Así pienso que sucede en gran medida en «La agonía del cristianismo»; y tanto que hasta las anécdotas de la historia contemporánea (suya), española o francesa, que en ella se entretajan, hasta las figuras de políticos, curas y literatos que en ella se citan profusamente, cuyos nombres y fechas hace tiempo seguramente que la Historia se los ha llevado de nuestras memorias (como que nuestros contemporáneos ya son otros y nuestra actualidad es la actual), hasta éstos entran en el juego, y no nos pesa: pues esas actualidades tuyas no son más que recursos a la mano para hacer saltar la eternidad de todos, para meter en liza los problemas o tormentos del absurdo permanente por medio de los cambios; problemas que ahora podríamos revestir con los nombres de otros figurones actuales, de otras contiendas ideales y políticas, con las citas de otros libros más al día; pero que serían los mismos personajes con actores renovados, las mismas contiendas con otros escenarios y banderas, que han de surgirle a cualquiera que asome a este mundo y no se duerma en la bulla demasiado pronto.

Sólo acaso la «Conclusión» de «La agonía» (que, como el autor advierte, no debía tener conclusión; pero se la escribe sin embargo), sólo esas páginas finales, en que se pone don Miguel un tanto nacional y sentimental, podría decirse que son una concesión real a sus actualidades, y así poco nos añaden de vivo al debate, circular y derechamente testarudo, en que el cuerpo del libro nos ha metido. ¿Podrían quizá no haberse escrito? Quizá; pero, con todo, ese final en fuga o perdedero por lo actual (suyo) y melodramático también evita que el debate siempre vivo vaya a creerse que tiene alguna conclusión de veras.

Siempre vivo el debate, por lo demás. ¿Qué importa que los temas sobre los que aparentemente trata, el cristianismo, su muerte, su historia o su embrollo, sus místicos y sus jesuitas, sus curas franceses renegados y sus filósofos de la fe o de la razón, sean para nosotros temas del tiempo de las abuelas, olvidados y barridos a la papelera de nuestros negocios de anteaer, y que podamos murmurar «¿A quién diablos le importan hoy día, como no sea por curiosidad histórica, los jesuitas y el padre Jacinto o la Dictadura de Primo de Rivera y el Soldado Desconocido de la guerra europea bajo el arco de Napoleón?» No, amigos (muchachos de diecisiete o pocos más, para quienes esta presentación se escribe primordialmente), no penséis que vais a poder con eso sacudiros el librito y, como objeto, comentar lo compasivamente desde fuera, con la ventaja que nos dan sesenta años de historia.

No: porque es que, en efecto, ¿a quién le importan esos temas de cristianismos y demás monsergas? Pero más: ¿qué importan los temas en este libro de «La agonía»? Esto no es -recordad- un libro de ideas, sino de pensamiento, (contradicción, guerra en la paz), y su parte meramente semántica, los temas de que trata, bueno, se reciben de buena gana, no en sí, sino como representantes de cualesquiera otros que, con otros nombres en vez de los de «cristianismo», «fe», «evangelio», «resurrección de la carne», «inmortalidad del alma», «espíritu» y demás, siguen reproduciendo las mismas cuestiones y debate, la misma guerra en esta paz de cada día o cada siglo. Y de igual modo, los Nombres Propios sólo hacen referencias a puntos del mundo en que escribía Unamuno para servir de ejemplo

y recordarnos que las cuestiones no son meramente ideales, sino que al mismo tiempo juegan y se debaten en este mundo en el que hablamos, Unamuno o nosotros, qué más da, pero en todo caso, éste. Y lo que cuenta no son sus partes semánticas y onomásticas, no las cosas de que se habla, sino el hecho de que con ellas se hable así, como ahí se sigue hoy hablando y sonando desde lo escrito.

Pero esto es un escrito -me diréis acaso- de Teología. Bueno, si se quiere: es ciertamente una especie de sermón, una obra de cura extraviado, al que la teología se le hubiera vuelto un poco loca, es decir, demasiado interesante y confundida con la vida. Pero «teología», «metafísica», «ontología», «filosofía», no son más que nombres para recluir, denigrar y dejar de oír cosas que tocan a la raíz misma de las creencias sobre las que vivimos o nos viven; y por cierto que, en medio de una Ciencia que ya no se plantea sus fundamentos, sino sólo juega con números a los que ha domesticado a su servicio, y de una política tan trivial y chata que trata de problemas así de interesantes y vivos más o menos como las cuentas de un ama de su casa, sólo que en más grande (y de una religión, que ya no es más que política la pobre, lo mismo en sus papas que en sus herejes), no estará mal que una vez y otra suenen sermones teológicos, pero que tengan su gracia, como el de Unamuno, no en ideas que defiendan o recomendaciones morales que propinen, sino en el hecho de sonar así, de enhebrar y hacer chocar las ideas a lo largo de las razones de tal modo que las vaya la razón moliendo y dejando el corazón relativamente desnudo para descubrir, a propósito de cuestiones varias, con motivo de este lugar o de aquel sujeto, la verdad de sus mentiras, la guerra de su paz.

«Así» quiere también decir algo como «en serio»: una seriedad que es rechazo de la frivolidad con que Ciencia y Literatura de ordinario disimulan y por ende confirman el absurdo o contradicción sin cura de nuestras vidas y de la Realidad toda: que se siente que aquí nada se disimula, que ni una frase se dice por decirla o se escribe por llenar una hoja y llenar con ello un tramo más del tiempo vacío que la pacata fe en la muerte nos tiende por delante: no, sino que, al contrario, es con la contradicción con lo que se cuenta, y se deja que ella aflore y que hable ella, aunque sea por escrito.

Bien, y el caso es que, por más que haya una necesidad de paz en este mundo (es decir, de muerte), una necesidad de divertirse y procurar no darse cuenta de esta imposibilidad en la que estamos, hay también en este mundo y en los mismos corazones un deseo o tentación incurable de repregunta, de duda y de contienda, esto es, de vida; poco le hace que luego lo que se llame vida sea aquella muerte y se rehúya la tentación de vivir (dudar) como un peligro de la muerte: nunca, sin embargo, podrán librarse de esa contradicción más que quizá los muertos.

Y es por algo de eso más o menos por lo que aquí, en esta nueva salida de «La agonía» y otros libros de Unamuno, me atrevo a poner apuesta a que habrá, entre los muchachos de estos días a quienes esos libros lleguen, muchos que los lean, y no como de Unamuno, sino como suyos de cada uno de ellos, y que, pese a lo indeseable de su retórica y aun de la persona del autor misma, hallen en ellos los mismos gozos y alborotos con que yo (mentira parece) los leía a mis dieciséis y diecisiete años.